

CRISTOBAL HALFFTER

la música ligera, escrita únicamente para la sensibilidad, pasa rápidamente, mientras que la otra, que se denomina de forma tan peyorativa «cerebral» —término que yo nunca considero peyorativo, porque para mí lo más importante en el hombre es poder elaborar con su cerebro una serie de cosas complejas—, tardamos en captarla. Cada vez encontramos algo nuevo en ella. Creo que se debe escribir para la inteligencia. Sin olvidar, claro, la sensibilidad, pero siempre para la inteligencia.

—¿Crees que la música «cerebral» tiene el mismo poder que la que componían los antiguos griegos, pongamos por caso, y que le hacía decir a Platón que penetra en las costumbres, en los individuos, en la constitución, y finalmente provoca la revolución?

C. H.—Yo creo que sí, que es cierto lo que decía Platón. Te voy a poner un ejemplo: cuando se estrenó en Madrid mi «Cantata de los Derechos Humanos» ante el público del teatro Real, ante el público del viernes, un público absolutamente increíble, donde se encontraban las mil familias rectoras del país, esas gentes reaccionaron ante la obra, ante mi música, como si hubieran recibido un manifiesto de tipo político de lo más avanzado. Hasta hubo alguien que dijo que aquello no solamente era subversivo, sino que además era «verde», lo que para la sociedad española sigue siendo «verde». Y a la salida, un amigo mío oyó el siguiente comentario: «Hombre, si yo creía que este Halffter era una persona de orden». Las obras musicales tienen ese poder porque nacen de una necesidad de comunicación entre las personas. Esa comunicación quizá no se realice hasta dentro de cincuenta años, como en el caso de «La consagración de la primavera», que cuando se estrenó en París, en el año trece, el público rompió las butacas de la sala...

—Entonces, te resignas a componer una música para una élite, esperando ser aceptado un día por las masas, volviendo a la frase de Sartre.

C. H.—A mí no me interesan las masas, sino los individuos. Porque las masas están formadas por individuos.

—Las masas no están formadas por individualidades; es un ente propio y, por otra parte, no la manejan como a un individuo, sino con medos especialmente estudiados para dirigirla mejor.

C. H.—Esa es la que me da miedo, la masa misma, y aunque estuviese manipulada en el mejor sentido. Porque es algo incontrolable. La masa me horroriza; en cambio, me interesa mucho el individuo, la persona.

—Pero volvemos a lo de siempre: diriges tus obras a individuos y finalmente le llegan a las mujeres de ministros, a jefes de negociado que van a tus conciertos por aquello del prestigio que decías. ¿Crees que puedes modificarles las ideas a estas personas con tu música?

C. H.—No, no; porque están de tal manera malformadas, que ya no tiene solución. Ahora bien, quizá al hijo de un ministro sí. Entonces éste llegará a su casa y dirá: «Papá, he escuchado una cosa...», y el padre le contestará: «Es un disparate...», pero ya se ha creado un problema con el revulsivo que lleva la obra en su interior. Es que es tan difícil esto de la masa, es un lenguaje tantas veces utilizado, que a mí me da hasta pánico emplearlo.

—¿Quieres añadir algo más sobre los temas que hemos abordado?

C. H.—Quizá eso que decías antes de que tengo una especie de patente de corso para decir lo que me da la gana; convendría aclararlo, pues se dice a menudo de mí. No sé si es verdad o no, pero el hecho es que lo hago. Se dice que tengo mucho dinero y que por eso puedo dedicarme a la música. Es otra crítica que se me hace. Es absolutamente incierto. Ya se sabe que en España el éxito tiene que ir acompañado por algo. Entonces se dice que soy homosexual, que soy del Opus Dei, lo cual es también absolutamente falso. Lo único es que, por una situación de tipo familiar, tengo muchas facilidades. Somos una familia, por parte de mi padre y de mi madre, enormemente grande. Y una familia que ha vivido siempre en España dentro de un nivel bastante grande. Entonces tengo tíos y primos en todas partes a donde voy. Esto te da, claro, una serie de facilidades, de conocer a una serie de gentes. Además, estoy casado con una persona que pertenece a la alta aristocracia española. Pues ahí también tengo parientes cercanos a los que trato con gran confianza, lo que quizá me da una tranquilidad para hablar como hablo. Ahora se dicen tantas cosas. ■ R. CH. Fotos: COLLA.

REGUEIRO

